

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Podgorny, Irina: *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*, Rosario, Prohistoria, 2009.

Marina Rieznik

UBA/UNQ/CONICET

marinarieznik@hotmail.com

Introducción. El sendero de la historiografía de las ciencias.

En el libro que aquí se critica, Irina Podgorny, cuenta la historia de la constitución mundial y local de un campo de conocimiento y de la consolidación de determinadas tradiciones académicas vinculadas al término *prehistoria*. Siguiendo la preocupación de Podgorny por dilucidar cómo se constituyó la prueba en las disciplinas que confluyeron en el área, nos encontramos, desde mediados del siglo XIX, con las redes del tráfico de antigüedades y fósiles y, en particular, con la producción de *antigüedades portátiles*, es decir, planos, fotografías y dibujos con los que se intentaba reconstruir, a la distancia y repetidas veces, la observación de las condiciones originales de las cosas. Así, descubrimos cómo determinados objetos, procedentes de los contextos de la muerte, se comienzan a considerar objetos científicos en tanto se van reconociendo sus regularidades.

La perspectiva de la autora sobre la historia de los objetos científicos —en este caso de

aquellos que permiten comprender la emergencia de la *prehistoria* como disciplina— puede inscribirse junto a propuestas teóricas de historiadores como Lorraine Daston, Hans-Jörg Rheinberger y Peter Galison.¹ Los tres autores integran, desde el 2005, la International Research Network “History of Scientific Objects” organizada por el Max Planck Institute de Berlín. Como explican en uno de los programas que allí suscriben, para que los objetos de la vida cotidiana se conviertan en objetos de investigación científica deben abandonar la periferia de la conciencia científica colectiva para formar parte del ámbito propio de la investigación; los historiadores deben entonces concentrarse en las prácticas que hacen que esta transformación sea posible. En sus relatos, adquieren particular relieve las representaciones gráficas, técnicas visuales y los dispositivos asociados a ellas, fundamentales para la producción y circulación de los objetos científicos. Las técnicas que requieren estos historiadores para encontrar, interpretar y mostrar estos objetos —en lugar de las fuentes textuales— y usarlos como testigos de la historia que narran, están basadas en un conocimiento apoyado en disciplinas tales como la arqueología, la historia del arte, la museología.² Así, cuando instrumentos, colecciones, arquitecturas y modelos sean usados como evidencia de las interpretaciones de Podgorny, no será raro encontrar artilugios propios de las ciencias cuyas historias nos cuenta. En el texto de Podgorny se articulan trabajos que producían y leían los practicantes locales de la ciencia con algunos debates parlamentarios, manuscritos, periódicos y, en general, los objetos resultantes de la actividad de los museos orientada a la preservación de la cultura material.

Entre el Estado como sujeto de la historia y las causas accidentales.

El libro entra de lleno en los diversos espacios en los que la prehistoria pretendió desarrollarse, hasta llegar a la situación del Museo Nacional de Buenos Aires hacia 1910, cuando era dirigido por Florentino Ameghino. El recorrido se inicia a través de los modelos de museos que se habían desarrollado internacionalmente; y quien nos guía explica parte de las diferencias entre

1 Daston, Lorraine (ed.): *Biographies of Scientific Objects*, Chicago, The University of Chicago Press, 2000; Rheinberger, Hans-Jörg: *Toward a History of Epistemic Things. Synthesizing Proteins in the Test Tube*, Stanford, Stanford University Press, 1997; Galison, Peter, *Image & logic: A material culture of microphysics*, Chicago, The University of Chicago Press, 1997.

2 Daston, 2000.

ellos como manifestación de definiciones variantes sobre el público de la ciencia. Podgorny logra mostrar las contradicciones entre un trabajo científico casi siempre llevado adelante en pos de intereses privados y una ciencia que debía presentarse como pública en estos lugares. Así atravesamos descripciones y planos de los distintos modelos de institución y de acceso a las colecciones, cada uno de ellos articulado con determinadas redes de influencias nacionales e internacionales en competencia por recursos estatales. Por otra parte, las disposiciones espaciales se urden con las diferentes teorías respecto a la antigüedad del hombre y el lugar que le correspondía a estos estudios en relación a los que pesquisaban la naturaleza. No obstante, Podgorny aclara que ni aún en los grandes museos nacionales del siglo XIX —e Inglaterra es *el* ejemplo al respecto— la exhibición y distribución de colecciones conseguía instruir de manera inmediata a quienes visitaban las salas del establecimiento respecto a las teorías científicas que pretendían orientar la observación de los objetos. Mucho más claro era, a veces, que la institución podía demostrar el volumen y la riqueza de la naturaleza cuyo dominio se podía establecer. Aunque esto podría imaginarse como la señal del vínculo establecido por la autora entre poder imperial estatal y el trabajo de los museos y de la prehistoria, nada tan lineal se encontrará en estas páginas.

En primer lugar, Podgorny muestra la fuerte impronta privada de los establecimientos que albergaban importantes colecciones a principios del siglo XIX y cómo en la Argentina las colecciones particulares adquirieron un peso y relevancia científica tan grande o aún mayor que las estatales, constituyéndose en herramientas de disputa a la hora de obtener los favores de los políticos desde mediados del mismo siglo. La autora señala como fundamental el férreo control de la autoridad personal y la enorme importancia de las redes personales como características no restringidas a los establecimientos privados, constatada inclusive en los Museos que se consolidaron como símbolo de Imperios Nacionales. La afirmación discute con la idea de que el Museo decimonónico había aparecido como “una expresión arquitectónica de la popularidad de la historia natural” (p. 35) del siglo XIX. También por ello, indica que la voluntad de los políticos respecto a la ciencia aparece como accidental y, si no hostil, por lo menos indiferente. Al deslindar la historia de los Museos de aquélla del plan estatal preconcebido, Podgorny argumenta que se pone a salvo, tanto de la glorificación del Estado como precursor de las ciencias, como de aquellas

visiones que gustan “de anatemizar la ciencia” (p. 37).

En el plano del análisis histórico, esto le permite salirse de las fuentes de los decretos fundacionales y textos de las epopeyas de la ciencia, que establecen un vínculo directo entre construcción estatal y desarrollo científico; y encontrar nuevas fuentes que la conducen a las relaciones personales y sociales construidas o manifestadas en los espacios que describe. El Estado abrigando a las ciencias e impulsando su desarrollo, ya sea en pro de perfeccionar sus mecanismos de dominación o para engrandecer el progreso del género humano, aparece desdibujado en estas líneas. En cambio, Podgorny indica cómo el espacio del Museo moldea las maneras de imbricarse entre la práctica de los científicos, su vida cotidiana y el recrearse del público admirador de colecciones, oscilante entre el consumo cultural de las clases medias y la educación popular.

Una mención aparte merece el final del primer capítulo. Allí entran en escena, en las contiendas de las redes que conformaban las exhibiciones públicas, otras colecciones, transportadas por los museos ambulantes que llegaban a estas latitudes o mostradas en las exposiciones de ciertos charlatanes que se presentaban en una mezcla de espectáculo itinerante y comercial. En dichos eventos, se asociaban prácticas médicas, venta de remedios, colecciones arqueológicas, paleontológicas y antropológicas; aunque sus objetos sólo eventualmente terminaban en instituciones científicas, competían con las pretensiones de los naturalistas locales. Lo que Podgorny remarca al respecto, es la importancia que tenían “las redes de intercambio, acceso, compra y venta de objetos más allá de las instituciones del Estado” (p. 49). Se pone de relieve nuevamente la intención de esta historiografía de salirse del *corset* de los relatos que ponen en el centro de sus interpretaciones sobre el desarrollo científico a la voluntad de funcionarios del Estado. Aunque este tema no es retomado explícitamente, se huele en el resto del libro cada vez que los personajes principales son descubiertos con prácticas no tan distintas a las de estos charlatanes de feria.

La relevancia del segundo capítulo reside en mostrar que para los aspirantes a prehistoriadores de la Argentina, el seguimiento de los debates sobre parámetros internacionales se transformaba en el contexto natural donde debían moverse y buscar legitimidad. El acceso a esta información se basaba en la existencia de una nutrida bibliografía internacional en las

Bibliotecas del Museo Público de Buenos Aires, de la Sociedad Científica Argentina y de la Academia de Ciencias de Córdoba. Podgorny recalca que estas bibliotecas se sostuvieron gracias a la dinámica establecida por las redes de los naturalistas y sus propios recursos, remarcando una vez más el ausentismo del Estado en el desarrollo de la formación de los científicos locales, tema del que se ocupará en la segunda parte del libro.

Entre la materialidad y la sociabilidad

Mientras analiza la conformación de la nueva disciplina en el nivel mundial, Podgorny alude a la contemporaneidad que entonces se comenzó a señalar entre una fauna de gran antigüedad ya extinguida y el hombre prehistórico, cuestión que trazó nuevas conexiones entre disciplinas tales como la geología, la arqueología y la antropología. Rescatando debates de estas áreas, se advierte cómo se fue conformando el objeto de la prehistoria, reconstruido a través de escasos restos fragmentados, huesos de animales arañados y chamuscados, esquirlas, formas talladas en piedra, asta o hueso. El objeto de esta nueva disciplina no sólo estaba muerto, como el del resto de la historia, sino que, además, no había sabido escribir. Podgorny recuerda que “no por nada los arqueólogos clásicos se referían a la prehistoria como una *ciencia de analfabetos*” (p. 55), de allí la constante referencia de la autora a que los vestigios de la muerte tenían que aprender a hablar. La nueva disciplina fue moldeando sus prácticas oscilando entre los andamiajes de la etnografía comparativa, la paleontología, la geología y la historia natural; y en estas páginas se sigue el devenir de las polémicas a través de ciertas redes de aliados internacionales, que intercambiaban datos en forma de dibujos, publicaciones, cartas, mientras armaban y visitaban colecciones privadas y públicas. Estas trayectorias dejaban también su rastro en periódicos, diarios y revistas británicos y franceses que realizaban reseñas de las publicaciones, los encuentros y los nuevos hallazgos. Así, Podgorny persigue no sólo la conformación de este nuevo objeto de estudio, sino la reunión y sociabilidad de los hombres que lo construyen.

Quienes promulgaban los museos que se iban creando, destacaban su papel de centro de investigación o bien su función como espacio de educación; y, a la hora de ordenar las colecciones, estas funciones se presentaban, a veces, en forma complementaria, y otras, en abierta contradicción. Casi todos los involucrados buscaban que la posición que sostenían se viera

reflejada en el orden que los nuevos objetos encontrados debían tener en los espacios privados de sus gabinetes o en los repositorios públicos que se empezaban a crear. Así las “palabras, una vez más, sedimentarían en cosas, imágenes, edificios y personas” (p. 73). Completando el círculo, Podgorny le da voz a los restos de esta materialidad, describiendo como estas discusiones fueron delineándose y, al mismo tiempo, conformando los museos, la sociabilidad y las colecciones privadas, las sociedades eruditas y *el campo*.

En el capítulo tres, se describen los conflictos en torno a la reunión espacial, ordenamiento y clasificación de los objetos fragmentarios encontrados. A través de los personajes del libro de Podgorny, vemos a los catálogos, a los gestos y a los edificios, constituyéndose como indispensables para reconstruir ese pasado que había estado mudo hasta entonces. En particular, la autora resalta la eficacia práctica de las imágenes litografiadas en los catálogos, que se transformaban en *museos portátiles* que circulaban y eran usados internacionalmente. Por otra parte, en el proceso de producción de estos dispositivos, se subraya la importancia del testimonio directo de un testigo calificado que tuviese el fragmento ante su vista. Esta y otras alusiones a la relevancia de la autoridad personal y al peso de los acuerdos entre caballeros en la construcción de las convenciones científicas, remiten sin dudas a Steven Shapin y Simon Schaffer, citados por la autora.³ Sin embargo, advertimos que en la ontología de Shapin, la sociabilidad y la confianza entre caballeros ocupan el último nivel explicativo en torno a la construcción de la verdad en ciencia; en tanto que Podgorny se acerca a la epistemología histórica, por la ponderación que hace de la materialidad de los dispositivos, modelos, instrumentos, técnicas y espacios, como condicionantes del surgimiento de las *cosas epistémicas*, como diría Rheinberger,⁴ o de la *biografía de los objetos*, en términos de Daston.⁵ Nosotros agregamos en este punto que el tema tiene relevancia por la influencia que en los últimos años ha tenido la sociología del conocimiento científico sobre la historiografía de la ciencia. Como dice Lefèvre⁶ en estos últimos treinta años el constructivismo ha sido hegemónico y ha puesto en el centro de sus preocupaciones la noción de

3 Schaffer, Simon y Shapin, Steven: *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

4 Rheinberger, 1997.

5 Daston, Lorraine (ed.), *Biographies of Scientific Objects*, Chicago, The University of Chicago Press, 2000.

6 Lefèvre, Wolfgang: “Science as labor”, en *Perspectives on Science*, vol. 13, No 2, 2005, pp. 194- 225.

“práctica” como pura “interacción”. Para Latour “la materia no es algo dado, es una creación histórica reciente”,⁷ por eso desde que Latour descubre esto, las “condiciones de la felicidad para la vida política” pueden avanzar sin ser interrumpidas por “las leyes inhumanas de la naturaleza”.⁸ Así, en general, la perspectiva constructivista pone de relieve la prioridad de la interacción social sobre las complejas determinaciones materiales y naturales de las relaciones sociales. Por eso Lefèvre insiste en que la ciencia no funciona “como si” fuese un trabajo, sino que ella misma es, en el sentido literal del término, un proceso de trabajo: “la producción científica [es] [...] trabajo *strictu sensu*”⁹ con todas las constricciones materiales que ello implica. El hecho de considerar a la ciencia de este modo podría aparecer como algo obvio para otras áreas de reflexión e investigación de las ciencias sociales, donde nadie discute que el concepto “trabajo” es central para dar cuenta de la actividad humana. Sin embargo, no es así en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología. Según Lefèvre, la razón principal reside en que en estos últimos treinta años el constructivismo ha sido hegemónico y ha puesto en el centro de sus preocupaciones la noción de “práctica” como pura “interacción”.¹⁰ La tendencia se ha filtrado en la historiografía y muchas de las lecturas de Shapin pueden hacerse en ese sentido. Podgorny, en cambio, rescata la fuerte materialidad que cierta historiografía ha contrapuesto a las interpretaciones *sociologizantes*.¹¹

Siguiendo los conflictos presentes en los espacios de conformación de la prehistoria, la autora advierte, hacia el 1900, una transformación en los sistemas de inventario de los museos y sus métodos de catálogo y afirma que el Museo moderno surgiría de una combinación entre la cultura europea de los secretarios “y la administración de los objetos de los almacenes americanos” (p. 93). Entonces, el verdadero recorrido científico de las colecciones no se hacía en las salas sino a través del registro minucioso de las colecciones, en el que constaba no sólo el

7 Latour, Bruno: *La Esperanza de Pandora, Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Barcelona, Gedisa, 2001, p. 247.

8 *Ibíd.*, 356.

9 Lefèvre, 2005, p. 211.

10 Rieznik, Marina, Ugartemendía, Victoria y Perret, Gimena : “Wolfgang Lefèvre (2005): *Science as labor*”, en *Redes*, No 30, 2009, p. 229-237.

11 Rheinberger, Hans-Jörg: “A Reply to David Bloor: ‘Toward a Sociology of Epistemic Things’” en *Perspectives on Science*, Vol. 13, No 2, 2005, pp. 406- 410.

origen de cada colección, lugares y tiempos del hallazgo, sino el movimiento de cada objeto luego de su llegada al museo. Por otro lado, Podgorny sostiene que en la nueva ciencia de la prehistoria se tornó aún más importante que la descripción exacta de los objetos, su reproducción por medio de dibujos. Esto colocaba a los dibujantes en la incómoda posición de ser los culpables de desfigurar los objetos y por lo tanto, de causar los errores en la descripción de los mismos. Estos problemas, originados en las escalas, la lejanía y el peso de las cosas, intentarían ser superados con nuevos dispositivos que competían entre sí para lograr una reproducción mecánica: el taquígrafo, la lotinoplástica, el daguerrotipo. De lo que se trataba era de asegurar uno de los pasos ineludibles de la constitución de toda ciencia moderna: la posibilidad de repetir la observación. Así, a principios del siglo XX, las colecciones se empezaban a cuestionar si no lograban transferir de manera exacta los datos desde el campo. Como el espacio del Museo debía condensar el del campo, para la arqueología la importancia de adecuarse a determinados procedimientos técnicos para un correcto registro científico, iba a ser desplazada desde los edificios a las excavaciones y modos de representar el campo; razón por la cual, la lectura del libro nos conduce también hacia dicho espacio.

En el proceso de “normalización de la excavación” (p. 95) Podgorny incluye diversos mecanismos para que lo visto allí pudiera ser reproducido en otro lado: la incorporación de técnicas de la ingeniería, de la agrimensura topográfica, la presencia de autoridades científicas que actuaran como testigos; el objetivo era llevar la información a los planos topográficos, catálogos y fichas y obtener antigüedades portátiles. Para devolver vida a los muertos, los museos no podían ya “ser el sustrato donde se inscribieran cadáveres del pasado, sino el gabinete donde se acumulaban las pruebas en el campo con cuidado detectivesco” (p. 96) para establecer la autenticidad del objeto, su edad relativa o absoluta, diacronías y sincronías. “La tarea de excavar seguía siendo ejecutada por los artesanos, los obreros y ayudantes contratados para tal fin. La toma de notas para protocolizar el avance de las excavaciones, es decir la destrucción del sitio arqueológico, constituía la línea divisoria entre el saqueo y la actividad científica” (p. 97). Podgorny reflexiona acerca de cómo esta actividad comenzó a poner en relación aquello que, al descubrirse, aparecía como fragmentario y muestra cómo se contraponen la competencia del arqueólogo con la de los científicos que habían recolectado o comprado piezas aisladas, o con el

comerciante de antigüedades y todo aquel que no observara las reglas sobre cómo coleccionar, almacenar y transportar los hallazgos. Los objetos que no cumplían con todos estos requisitos pasaron a ser considerados como *evidencias asesinadas*. Para asegurarse sobre la autenticidad del objeto, se incorporaría a las excavaciones un séquito de testigos y autoridades que concurrirían después del hallazgo, convocados a un “proceso entre burocrático, forense y judicial” (p. 101). Aunque quienes intervenían en estos procesos ya no eran testigos de la historia, ese objeto inaprensible en su totalidad, aún podían observar un todo, el del *campo*, antes de que fuera destruido por la continuación de la excavación. Si no se podía dar testimonio de la vida del objeto, restaba al menos la posibilidad de contemplar la espacialidad de su tumba.

Luego a través de registros, los procedimientos gráficos reconstruirían ese objeto de cuya existencia sólo se había visto un fragmento, pero esto, desde la perspectiva historiográfica que propugna la autora, era ya la generación de otra cosa: “la constitución de objetos arqueológicos no es un producto de la observación, la colección y representación de monumentos, sino una intervención que genera y destruye el monumento en su carácter único” (p. 103).

De la especificidad de las prácticas a la crítica al papel del Estado

En la segunda parte del libro, este carácter de la práctica científica, como intervención que genera algo nuevo, cobrará fuerza y se pondrá de relieve el lábil límite entre el interés científico, la falsificación y la posibilidad de lo real. Este aspecto no es resaltado como una particularidad argentina, en contraste con otras prácticas de la ciencia, sino más bien, como una singularidad que aparece en cuanto profundizamos en las acciones de los personajes de esta historia. Las redes de los coleccionistas nos llevan al comercio de fósiles principalmente con París y Londres y al intento local de regular esta circulación a medida que proliferaban los nuevos objetos encontrados y se comenzaban a percibir con interés en ciertos sectores sociales.

El lector, después de enterarse de la extraordinaria meticulosidad con el que algunos debatían sobre las excavaciones de la arqueología en el mundo, se topa con personajes que escarbaban en el suelo local, pasando días y noches a la intemperie y librados a las bestias salvajes, a la búsqueda de fósiles para sus colecciones particulares o para el comercio

internacional. Analizando sus redes de sociabilidad Podgorny los describe visitando colecciones privadas y públicas, salones científicos, exposiciones y museos. Por otra parte, señala cómo muchos de los coleccionistas amateurs utilizaban los recursos familiares o los procedentes de su principal ocupación en la formación de sus colecciones. Siendo ingenieros de minas, pasteleros o profesores universitarios, para la clasificación de sus hallazgos, utilizaban los saberes adquiridos en ocasionales visitas a instituciones científicas metropolitanas, de los catálogos o de las instrucciones dadas por aquellos con los que compartían ciertos círculos sociales.

En la descripción de los personajes que erraban por el territorio argentino, Podgorny remarca dos cuestiones; en primer lugar, el carácter de explotación económica que tenían estas actividades y como estaban ligadas a la extensión de la materialidad de los circuitos de transporte, migración y comercio internacional. Los científicos y sus muestras jugaban un importante papel en el reconocimiento de la autenticidad de las piezas, hecho que por su vez intervenía en la regulación del precio de las colecciones, y quienes “coleccionaban para vender, carentes de títulos universitarios o fuera de la red de sociabilidad política, se ubicaban en el reino de los meros comerciantes, pudiendo ser incluidos o no en el dominio de la ciencia, según las alianzas y circunstancias del momento” (p. 117). Asimismo, la autora destaca la importancia que el apoyo de parientes y las relaciones de patronazgo tenían en la constitución de la actividad científica en la Argentina, en donde la práctica de la ciencia se armaba a modo de empresa familiar, mientras que los recursos del Estado se buscaban para sostener los emprendimientos de gran escala. Estas iniciativas no dependían del amparo estatal, como podía ocurrir en Museos metropolitanos que albergaban a las familias de los científicos, sino que se encontraban en un papel “subsidiario, demandante, independiente, pero incapaz de poner condiciones” (p. 122)

En segundo lugar, Podgorny señala cómo las habilidades más importantes de quienes llevaban adelante estas prácticas, no habían sido aprendidas en los libros de paleontología. Que un ingeniero de minas desarrollara cierta habilidad en las excavaciones, puede no llamar la atención, pero que un pastelero francés pudiera aprovechar su maña en la decoración de confituras, para lograr desenterrar en buen estado un caparazón de “estructuras dérmicas, desmenuzables como el mismo azúcar” (p. 115), deja al lector algo sorprendido con el tipo de oficios que estaban asociados en estas prácticas. Se advierte que el énfasis en mostrarnos la falta de formación

específica de estos hombres eslabonados a la ciencia de entonces, tiene menos que ver con una reflexión epistemológica respecto a la singularidad del objeto científico —y quizás esta sea una diferencia de matiz con la epistemología histórica— que con develar que la historia de la ciencias es más interesante cuando quien hace el análisis puede hilvanar las diversas especificidades del trabajo humano envueltas en una práctica científica, con independencia de si hay que asociarla a la elaboración de planos de ingeniería, a la decoración de confituras o a la capacidad de elaborar teorías científicas.

Al narrar los conflictos entre coleccionistas que trabajaban en la Confederación Argentina y para el Gobierno de Buenos Aires hacia mediados del siglo XIX, a medida que los primeros fragmentos humanos eran considerados como valiosos en los circuitos internacionales, Podgorny enseña cómo y quiénes empiezan a sugerir al gobierno que debía prohibir la exportación de los huesos fósiles. Siguiendo su análisis, en el capítulo 5, Podgorny ofrece la vista de una nueva circulación de cosas e información, mientras flamantes instituciones científicas y educativas se instalaban en la Argentina desde 1870. Planos, dibujos y fotografías de los lugares y objetos, empiezan a ser fuente de las disputas también en este extremo del continente. Las redes que se urdían, intentaban asegurar no sólo una manera de ejecutar la excavación y dar con las pruebas, en un marco en el que no existían practicantes formados en una escuela de trabajo, sino que también pretendían ejercer un control sobre la circulación de las cosas desenterradas. A través de sus hebras seremos conducidos hacia los científicos del continente europeo, hábiles recolectores de corresponsales y proveedores.

Podgorny puntualiza el recorrido del propio Ameghino en París; allí, como en la Argentina, el trabajo de observación distaba mucho de ser una lectura directa, y eran fundamentales las mediaciones de las relaciones sociales con determinadas personas. No obstante, Podgorny advierte que la infraestructura de caminos y vías férreas permitía a Ameghino dirigirse a los sitios una y otra vez, “sin otra intermediación más que la del dinero” necesario para comprar los pasajes, cuestión que otorgaba “cierta independencia de las redes personales” (p. 165). La red de transporte constituye una referencia para la ubicación “de las *estaciones* prehistóricas, que, por otro lado, se van haciendo visibles gracias a las excavaciones causadas por el tendido del ferrocarril y la explotación de las canteras” Se pone de relieve la importancia que concede

Podgorny a la historia de la infraestructura material en relación a la producción y circulación de los nuevos objetos científicos. Por eso, repasa que, en la Argentina, la disímil infraestructura de comunicación complicaba las cosas a la vuelta de Ameghino. Pese a la educación científica adquirida, en La Plata, el peso de las relaciones personales era inmenso y quienes monopolizaban el poder de fiscalización y control de las grandes colecciones no parecían dispuestos a admitir la simultaneidad entre el supuesto hombre de las pampas y los objetos que poseían en sus exhibiciones. La autenticidad le era negada a los huesos de Ameghino por figuras de tanto peso como Burmeister y Zeballos. Los años transcurren en el relato y Ameghino encuentra, en Córdoba, formas de movilidad similares a las europeas, mientras el tendido del ferrocarril habría barrancas que ponían al descubierto vestigios de muy distinto tipo. Recurre entonces a lo aprendido en Francia respecto a la clasificación y datación de los objetos.

En el último capítulo, Podgorny hace hablar al Museo General de La Plata, el primero diseñado y construido para tal fin, no sólo en Argentina, sino en toda América del Sur. Entonces recordamos la cuestión de la edificación de los museos, analizada en la primera parte, acerca de cómo los espacios pretendían revalorizar ciertas teorías científicas, determinadas maneras de comprender la relación entre el hombre y la naturaleza y cómo, por otro lado, manifestaban una manera en la que debía entenderse la relación del público con la ciencia. Reaparece entonces el tema sobre el papel central del director, Moreno en este caso, como “legislador de un pequeño reino” (p. 196) con sus reglamentaciones e instrucciones —sobre todo teniendo en cuenta que “los objetos de historia natural, las antigüedades, las piezas antropológicas y etnográficas permanecían sin legislación especial” en las leyes nacionales—, pero además, este personaje aparece ejerciendo una limitación en la admisión a su edificio propia del tipo de acceso a colecciones y bibliotecas privadas. Se resalta el poder de decisión del director “que se ejercía a través de su propia red de colegas y conocidos” y su férreo control sobre empleados y colecciones. Como símbolo de esta situación, después de un endeble acercamiento, Moreno prohibiría a Ameghino las visitas especiales para visitar objetos, dando cuenta, por otra parte, de que las alianzas que se tejían eran “tan frágiles como los fósiles de los arroyos de las pampas” (p. 198), Podgorny remarca que todos los pasos de los empleados y visitantes eran vigilados, y muestra cómo se registraban los movimientos de las piezas en planillas diarias de trabajo e informes al

director: el tipo de control que se ejercía era el de un “sistema policial” (p. 200) y la sospecha de engaño o falta de lealtad impregna todas las reglas de funcionamiento del Museo.

Esto que señala Podgorny es en realidad común a todos los reglamentos disciplinarios, pero su peculiaridad era que en este caso se imbricaban los protocolos científicos de procedimientos, con sistemas policiales y de vigilancia. Aún así, Podgorny elige resaltar las analogías: el régimen disciplinario contenía “todos los conflictos relacionados con el mundo del trabajo” (p. 201) “Los temores y controles de Moreno son comparables al de todo director de un establecimiento industrial o propietario de un comercio de ciertas dimensiones [...] temeroso del sabotaje de sus empleados frente a la competencia de establecimientos similares” (p. 201) en este caso, comerciantes de objetos, o colegas en competencia por los fondos públicos de esquivo destino. Así Podgorny no elude el análisis de las relaciones de poder para entender el funcionamiento del establecimiento, pero coloca al museo frente al Estado sin más —ni menos— privilegios que los de ciertos galpones industriales.

Podgorny contrasta la descripción de este Museo de espacios controlados con la del Museo Nacional de Buenos Aires, contra cuya arquitectura sus directores luchaban para poder hacer entrar las crecientes colecciones. En todo caso, ambas instituciones pronto chocarían en competencia por los fondos de las arcas del tesoro nacional y la autora pone en evidencia la falta de articulación entre los proyectos de los dos museos. El movimiento parecía ser contrario a la coordinación o plan generado desde los afanes de control de los gobiernos: “son los directores de los museos, los científicos a cargo de los distintos tipos de trabajos quienes crean funciones para sus instituciones como para justificar su permanencia en el presupuesto” (p. 209). El derrotero más significativo en relación a la desatención del Estado hacia el Museo Nacional es el que recorre Ameghino al asumir su dirección. Podgorny relata los diferentes modos en que intenta trasladar el edificio en inminente peligro de derrumbe, y los diferentes modelos de Museos a la hora de elegir el lugar de traslado, en una situación en la que los “gliptodontes, si no querían volver al barro de la Pampa, debían iniciar su marcha hacia otros rumbos” (p. 218). Sin embargo, “en un país con políticos poco dispuestos a mantener sus palabras y donde el cumplimiento de la ley sancionada no estaba garantizado” (p. 220), el proyecto de mudar el Museo a un nuevo edificio demoró años en concretarse y Ameghino vería la muerte en 1911, antes de que las obras para el edificio en el

llamado Parque Centenario comenzara a construirse.

Cuando el libro llega a su fin Podgorny logra cumplir con creces con lo que se había propuesto al principio respecto a la historia de la prehistoria: dar cuenta de las redes internacionales en donde “se articularon las experiencia y observaciones realizadas por individuos de mundos culturales y lingüísticos diferentes: [...] ingenieros franceses, banqueros ingleses, profesores italianos, maestros argentinos, diplomáticos y ministros de nacionalidades diversas, [que debieron] esforzarse por encontrar una lengua común para poder dialogar y trabajar en ese espacio no del todo real que Peter Galison¹² ha llamado metafóricamente *zonas de intercambio*”(p. 20). El recorrido de las últimas líneas está dedicado a las discusiones que el trabajo de Ameghino suscitó —como empresa familiar vinculada a una red de viajeros e informantes— con los integrantes del Museo de La Plata y sus aliados. Las formas de esta competencia llevaron a escamotear información sobre la ubicación de los hallazgos ofrecidos como pruebas, y, a la larga, a erosionar la credibilidad de los exploradores argentinos. Dejando su experiencia como subjetiva, ajenas al reino de la ciencia, sus pruebas no se diferenciarían de la *evidencia asesinada*. Por eso, aunque los objetos de la prehistoria supieron hablar vívidamente y la búsqueda de una observación neutral de estos objetos se expandió por todo el mundo, en la Argentina, los precursores sudamericanos de la humanidad tuvieron que permanecer inertes en los museos donde, por qué no, abrigaron la esperanza de reingresar a la vida en otras condiciones materiales. En las conclusiones de Podgorny, se considera que la inestabilidad de los elementos involucrados en la creación de los objetos de la paleontología y la prehistoria, (que debían permitir asociar sedimentos, fósiles, humanos e industrias) sumados a un contexto de labilidad institucional, es el mayor problema de las controversias de la época.

Conclusiones

Podgorny muestra cómo los políticos argentinos “protegieron por igual a las instituciones del Estado, a los coleccionistas privados y a los naturalistas viajeros” que exportaban parte de su colección, aún después de dictada la ley que prohibía el despacho de fósiles. El hecho de que los

12 Galison, 1997.

políticos que apoyaban la financiación de un nuevo edificio para el Museo Nacional quisieran transformarlo en una institución educativa, a pesar de que los intereses personales que lo sostenían propugnaban su valor para la investigación científica, habla según la autora de “una ciencia que no logra encontrar su lugar en la Argentina” (p. 262). Pero no hay que engañarse, el relato de Podgorny está lejos de ser un reclamo al Estado por su desatención a la ciencia, por la misma razón por la que pinta a la ciencia local como el conjunto de actividades de un puñado de personajes empeñados en hacer hablar cada uno a su propio muerto. Estos hombres que creían que los finados les susurraban algo al oído —aunque nadie más los pudiese oír— deambulaban por un mundo donde proliferaban los cadáveres que ingresaban locuazmente a la vida con todo el lastre de regularidad, normativas, productividad y debates colectivos generados por sus discursos. La crítica de Podgorny va dirigida, más que a los políticos, a las reconstrucciones historiográficas que ven proyectos de dominio nacional por detrás de toda actividad financiada por el Estado, esto atañe tanto a quienes lo alaban como a quienes lo denuestan. Lejos de las interpretaciones que han colocado al Estado como sujeto de la historia, la planificación estatal de las ciencias no es un objeto epistémico para esta historiografía que no encuentra sus regularidades, constancias, producción, sentidos u orientación. En este punto, nos queda la pregunta respecto a qué otras regularidades podrían hacer que se perciba como objeto de investigación esa inestabilidad estatal, más allá de las maravillosamente bien contadas historias de estos personajes que tejían sus redes sociales consumidos por las prudencias, el respeto, el deseo de emular a las autoridades y “los celos, resentimientos y obsesiones entramados con el interés por la ciencia” (p. 172). Tal vez la respuesta no esté tan lejos de las analogías que traza la autora entre las unidades industriales y los establecimientos científicos que estudia.